

**APUNTES SOBRE EL VIAJE ALREDEDOR
DEL MUNDO DE LA CORBETA
“ZARAGOZA” RECOGIDOS POR
EL DOCTOR CARLOS GLASS, MÉDICO
DE LA MARINA MEXICANA.
37 000 MILLAS SOBRE LOS MARES***

CARLOS GLASS

[Segunda parte]

EL PAIS DEL “SOL NACIENTE” Y EL CELESTE IMPERIO

I. De Honolulu a Yokohama, 4 900 millas

Eran las seis de la tarde; el sol se ocultaba como siempre, hermoso, reflejando sus últimos rayos sobre las hermosas salientes que las islas Sandwich formaban por el N.E.

El Psinchutall [en Hawaii] apenas se notaba como un ligero picacho cubierto de nubecitas; todo se veía como juguete, se necesitaba aguzar la vista para distinguir aquellos sitios que 24 horas antes pisábamos contentos. Al anochecer todo se perdió de vista con la luz y quedamos otra vez como un punto en el océano.

Al día siguiente, el mismo horizonte sin límites, en el mar tranquilo que de vez en cuando se engruesaba por los chubascos, se ennegrecía el cielo a gran distancia, arreciaba el viento y luego lluvia tempestuosa caía a torrentes sobre nosotros, cubriéndonos enteramente.

* Estos apuntes fueron publicados periódicamente en el semanario *El Mundo* de México. Su publicación se inició el 6 de agosto de 1897.

Después todo pasaba, salía resplandeciente el sol para ocultarse nuevamente y llover, llover a torrentes; las temperaturas demasiado cálidas refrescaban y aprovechábamos los chubascos para bañarnos con agua dulce.

No puede imaginarse la buena impresión que produce una lluvia en alta mar, donde es absoluta la falta de agua potable, así es que la gente recoge en baldes de agua que escurre de los toldos, de la jarcia, y, en fin, de donde puede, y en primera oportunidad la utiliza para el aseo de su ropa y de su persona.

Seguimos el paralelo 21, que no abandonamos sino tres días antes de llegar al Japón.

Dos días después de nuestra partida de Honolulu, por la mura de babor, a cosa de diez o doce millas al sudeste, destacáronse como a las cuatro de la tarde las extremidades de los palos de un barco; todos creímos ver la *Saida*, nuestro compañero y amigo en el Hawaii.

Llegó la noche y a la hora previamente convenida se lanzaron de a bordo cohetes luminosos que fueron contestados por el barco: era la *Saida* que habíamos alcanzado y que en plena mar contestaba nuestro saludo; ella como nosotros no veía sino la luz de los cohetes y esa comunicación a distancia en medio de la noche bastaba para producir íntima satisfacción; sólo experimentándola puede comprenderse la agradable impresión que se siente cuando, perdidos en la inmensidad del océano, sabemos que un barco amigo y conocido está navegando en las mismas aguas que nosotros y es nuestro compañero invisible.

Como los mares por los que navegábamos son poco conocidos y sembrados de bajos, cuya situación no está bien precisada, fue preciso redoblar la vigilancia, especialmente de noche: se tomaba continuamente la temperatura del agua y se largaba la sonda con frecuencia para tener la seguridad de caminar en mar libre de escollos.

Al pasar los 180 grados del meridiano de Greenwich tuvo que aumentarse un día al mes de julio, que fue para nosotros de 32 días.

La marinería no comprendió la determinación, que creye-

ron inaudita, hasta que explicaciones reiteradas la convencieron de que, caminando nosotros de oriente a occidente, en sentido opuesto al movimiento de la tierra, por cada 15 grados perdíamos una hora, así es que al pasar el grado 180 de Greenwich, habíamos perdido 12 horas y tendríamos que recuperar lo perdido aumentando un día para llegar al puerto próximo con la fecha que ellos llevaba.

De los 23 días que duró el viaje al Japón, no hubo uno en que no nos mojaran los terribles chubascos propios de aquellas latitudes y de la época del año en que estábamos.

El día último de julio se cambió de rumbo, y abandonando el paralelo 21, ascendíamos hacia el norte, en línea oblicua ligeramente al oeste, para dirigir la proa al gran punto de referencia de Yokohama: el volcán Fujiyama que, elevado a once mil pies sobre el nivel del mar, deja verse a distancia de 100 millas mar adentro.

El cambio de rumbo no modificó sino la dirección de la marejadilla con relación al barco que, recibéndola por las muras, balanceaba más que antes.

Por fin, a las cuatro de la tarde del día 1 de agosto, se dejó sentir un viento rudo al noroeste que levantaba la mar gruesa. La puesta del sol fue de mal cariz y el barómetro bajó muy notablemente, todo lo que presagiaba mal tiempo. Efectivamente, al oscurecer, el mar, negro, espumante y rugiendo como un coloso, movía el casco, levantándolo hasta la cresta de las olas gigantescas.

Tomáronse las precauciones debidas, se aviaron sobres, juanetes y mastilerillos, se aferraron las velas, poniendo los palos en la dirección del viento. Toda esta maniobra hacíase ya con el temporal encima; terminada que fue, se rompen las amarras de la funda del mayor y suelta al viento, que azota, prodúcese con el zumbar de la jarcia y bramar del océano un estridente tlaqueteo. Un marinero que aferraba la mayor fue sacado de su sitio en un chacoteo de la funda, y sólo su instinto pudo salvarlo de una muerte segura, perdido en el revuelto océano destrozado sobre la cubierta del barco.

Golpes de mar rugiendo se embarcaban por el combés,

llenando de agua los cañones y haciendo perecer hasta las gallinas que eran nuestro alimento en la travesía; de las cocinas llenas de agua salían como ratas Johu-tian y Lui-ye, cocineros chinos que nos servían a bordo.

La noche avanzaba y el temporal persistía; rolando el viento, al norte primero y después al este, fue un tifón que a corta distancia nuestra debió haber rodado con toda su intensidad.

Aquella noche no pude dormirme a bordo; los cajones salían de las cómodas y todo lo no trincado caía, caía, produciendo ruidos y estruendo que ensordecían; nadie podía sostenerse en pie y sobre la cubierta todo estaba empapado. Entre tanto, la máquina y el timón funcionaban admirablemente; temíase un percance a cada momento, pero la confianza era inquebrantable; quizá no entraríamos al Japón al día siguiente, pero no debíamos estar muy distantes de la anhelada costa.

Por fin, a las tres de la mañana del 2 de agosto, el viento amaina; la noche oscura, con una oscuridad caótica, nos rodea por todas partes y todos nos sentimos rendidos.

Descansamos después de tantas fatigas con la esperanza de arribar en breve a las playas hospitalarias del remotísimo país del lejano Oriente.

II. Entrada al Puerto

Al toque de diana, siguió el imperioso toque de babor y estribor de guardia, que es el llamamiento de todo el mundo a prestar sus servicios y colocarse en el puesto que le corresponde: tenemos ya a la vista la poética y fabulosa tierra del *Crisanthemum*.

A estribor, un cono elevado hasta perderse en las nubes sobresalía majestuoso de una cordillera alta e irregular, sombreada de verde oscuro, destacando sus desgarradas siluetas sobre el cielo tenido de gris: era el sagrado volcán del Fuyi Yama.

A babor, a más corta distancia, distinguíase una de las costas del mar de Tokio, alta, montañosa también, cubierta de vegetación rara, pero abundante, tupida; grupos, campos esbeltos, bambúes con su delicado follaje mezclábanse contrastando con el nudoso y esqueleteado pino; entre las manchas de verdura destacábanse los macizos de mil colores, plantas trepadoras enredándose hasta las últimas ramas del *kaki*, árbol frutal cuyos rojos frutos parecían bolitas de fuego engarzadas en las frondas por manos de las hadas.

En el mar ya tranquilo, veíanse estrambóticas lanchas de junco con velas de bambú, donde se agitaban algunos japoneses casi desnudos que nos miraban azorados, a través de sus ojos de gato.

Había millares de esas embarcaciones con numerosa población flotante; cada junco tenía a lo menos seis u ocho individuos, unos completamente desnudos, otros cubiertos con su *kimono*, especie de bata azul con signos cabalísticos dibujados en la espalda; pelones todos y amarillos, amarillos como la ictericia.

Caminábamos a toda máquina, y entre el paisaje siempre encantador a veces se ostentaban a descubierto los faros con sus pilastras de mapostería, bien labrada, y al lado, una casita de madera con tejado negro y puertas de papel: de allí salían también una serie de indígenas con sus batas azules y una serie de muchachos tonsurados.

De vez en cuando, un barco mercante izaba una bandera blanca con un sol rojo en el centro, y vimos multiplicarse esta insignia japonesa en todas partes: en los faros, en las casas, en los botes en dondequiera.

La población no se destacaba aún y a nuestros ojos anhelantes parecía inabordable.

Por fin, a las nueve y media distinguéronse los primeros palos de los barcos surtos en la bahía y los dos magníficos rompeolas que forman el puerto de Yokoma.

Al entrar, como hormiguero, como enjambre de abejas humanas, déjase venir un compacto grupo de *sampanes* (botes) tripulados por endiablada turba de desarrapados,

gritando, aullando y queriendo subir al barco por todas partes, hubo necesidad de armar las bombas de agua para ahuyentar aquel verdadero tumulto japonés; ofrecían artículos de laca y de bambú, juegos de té, faroles, cestos, baratijas de todos tamaños, y otros mil presentaban tarjetas que, en inglés y lengua japonesa, decían su nombre, domicilio y ocupación; pasábanse de un bote al otro, pisándose, empujándose y armando una algazara infernal: era una plaga que caía sobre el barco.

El agua de las bombas pudo mantenerlos a regular distancia, pero incansables en sus tentativas, sufriendo los ardores de un sol que abrasaba, resistieron todo el día, hasta que la noche los vino a dispersar.

Entreteníanse en comer arroz, que devoraban, empujándolo en la boca con unos palitos que llevaban con la mano y, con suma habilidad, hasta la garganta.

Hicimos el saludo de ordenanza y, una vez fondeado el barco, pudimos contemplar a nuestro antojo el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos y formarnos cabal idea del puerto japonés.

Barcos mercantes de todas nacionalidades descargaban o embarcaban mercancías; otros, ya listos, salían a su destino, mientras que algunos entraban a descansar de su larga travesía. Era un movimiento comparable al de San Francisco o, quizá, superior; en la playa, elegantes y suntuosos edificios europeos en medio de arboledas sombrías, dábanle un aspecto hermoso; y en las únicas calles que se podían distinguir rodaban carretilas arrastradas por un hombre cubierto con sombrero blanco o negro en forma de jícara invertida. Por fin, aguijoneado por la curiosidad de pisar tierra japonesa, quería yo dejar la corbeta para conocer de cerca ese extraordinario pueblo.

III. Visita a Yokohama

Yokohama, el puerto de mayor comercio de Japón, es algo cosmopolita; sin embargo de ello, sus habitantes indígenas guardan sus costumbre de hace cien años y aun cuando se

mezclan con los extranjeros, se sirven de ellos y copian de ellos lo mejor y lo más útil; dejan en el dintel de sus casas todo lo exótico y aceptan lo propio de su país en habitaciones, alimentación, vestuario, religión y vida interior.

Pueblo de los contrastes más raros, de las costumbres más estrambóticas, le ha valido el nombre de *mundo al revés*. El Japón ha sido y será para el mundo entero la sorpresa más grande, la maravilla más curiosa. Divídese la ciudad de Yokohama en dos grandes cantones: el barrio europeo y la ciudad japonesa.

Bien delineada la población, hácese la división palpable por la naturaleza misma de los edificios: en el barrio europeo todos son de mampostería y se elevan majestuosas las grandes construcciones; en la ciudad japonesa todo es madera, tejas de papel, calles angostas, puertas achaparradas, pisos de acolchonada estera de bambú, encrucijadas inextricables, sube y baja de callejones, árboles de figuras artificiales figurando monstruos y animales abortados, sorprendidos en su desarrollo, enanos por la fuerza inteligente y produciendo, sin embargo, hermosas flores y sazonados frutos.

Cruzada en todas direcciones por canales anchos en comunicación con el mar, se hace el movimiento comercial exclusivamente fácil; por todas partes se ven puentes de fierro o de granito y, por lo tanto, el tráfico de tierra y agua no se interrumpe nunca, siendo tan activo el movimiento que se advierten los canales llenos de *sampanes* (botes), mientras que los puentes soportan interminable procesión de transeúntes y *rikishas* (carretas de un asiento arrastradas por un hombre).

Alumbrada la población por luz eléctrica y por innumerable multitud de faroles de papel de todos los colores, formas y tamaños, toma de noche un aspecto gracioso, y si a esto se agrega el modo de vestir de los japoneses y sus zapatos de palo, que arrastrándolos al andar producen un ruido especial, se comprenderá la magia y el encanto que a primera vista proporciona todo un pueblo raro, descomunal, artístico, *sui generis*.

Amante de la diversión, gasta su tiempo en los *boulevards* y *yoshiwaras*, y hasta muy entrada la noche se retira al descanso para entregarse desde muy temprano al trabajo.

Pero describiré con detalle mi vida y las impresiones recibidas de ese pueblo; recopilaré mis recuerdos; volveré nuevamente, aunque sea con la imaginación, a sentarme en mi *rikisha* y ordenaré a mi *kuruma* (conductor) que me pasee por todos lados; tengo en él un *cicerone* que a la vez me sirve de caballo y de cochero, y emprendamos el viaje.

Hace un calor sofocante y el sol brilla en todo su esplendor, sin que una nube intercepte sus rayos. Son las nueve de la mañana y el bote *Chinchorro* de a bordo me conduce al puente del *Grand Hotel*; allí, mi *kuruma fukusan*, con su *rikisha* limpio y bien untado, está listo para correr; acostumbrado ya a mis largos paseos, tiene también su itinerario.

Primero subimos al Hospital Naval Americano, donde encontramos desahuciado al primer enfermo grave de nuestra tripulación, que quizá no volverá a pisar México: es el mayordomo Hernández, herido mortalmente de tuberculosis aguda; está tan débil y demacrado que espero que su fin no tarde muchos días, a pesar de las espléndidas condiciones en que está colocado.

Al descender la cuesta, otros desocupados *kurumas* se ofrecen para ayudar al que me lleva; la cuesta es muy empinada y se necesita de otro que empuje el *rikisha*; para pregonar sus servicios gritan una palabra que no es japonesa: siempre la creía francesa, aunque la dicen en todas partes de Japón; es ¡*pus!*, que pudiera ser la segunda persona del imperativo del verbo *pousser*. Pues bien, os siguen veinte, treinta *kurumas*, gritando tras de vuestra carretelita ¡*pus, pus, pus!*, hasta que por fin algunos de ellos empujan el carrito y así, con más facilidad, se llega a la cima del barrio extranjero; le soltáis un níquel de cinco centavos y seguís con vuestro *hombre-caballo* que, a todo trote y sudando a mares, va solícito adonde queráis.

El barrio extranjero, donde están situados los principales edificios, es muy pintoresco: avenidas angostas en pronunciados declives serpentean en medio de bosques y jardines, donde se levantan poéticos castillos de madera y mampostería; pero los jardines son dignos de conocerse.

Sólo en el Japón se ve cosa semejante: allí todos los árboles y plantas reciben y ostentan formas caprichosas a voluntad de

los horticultores; hacen con el follaje rombos, esferas, figuras de todas clases, animales, entre los que predomina el dragón. Para simular esta fiera clásica del Japón se valen de las plantas trepadoras; así es que la teneís de todas formas y adornada de todos los colores que le prestan la variedad de flores que, al brotar de la mezcla de especies que concurren a su formación, cubren el cuerpo del monstruo con caprichosas manchas multicolores que sólo el arte japonés conoce.

No hay planta, por pequeña que sea, que no sea cuidada con todo esmero; el crisantemo, con sus variedades infinitas de flores diseminadas en lotes, se ve en todas partes salpicando de vivos tintes el vergel extranjero en tierra japonesa.

Sólo allí, a los cálidos rayos del sol de la mañana, puede andarse a la sombra del bambú, del *kaki* y del pino.

IV El baño

A las once, descendiendo a la playa para tomar un baño al estilo japonés.

Bajo un aplastado techo de madera y teja negra se ve un cuarto, separado de la vista del transeúnte por una verja cuadrada cubierta de papel de arroz; sobre el piso de ladrillo, húmedo siempre, encuéntrase varias tinas cilíndricas como barriles de vino, rebosando agua que casi hierve. De una puerta achaparrada que comunica con las piezas interiores, deslizándose sobre la estera de bambú sin hacer el más leve ruido, sale una *musume* (muchacha) pequeñita como una criatura de diez a once años, gorda, con la proverbial sonrisa que hace desaparecer sus inclinados ojos en los redondos promontorios de sus mejillas pálida; llama la atención su alto y estrambótico peinado de azabache, lustroso como una pieza recién barnizada; su *kimono* (vestido) verde, con grandes flores azul y rosa, su *obi* y sus enguantados calcetines de immaculada blancura.

Después de una reverencia que la hizo inclinar casi hasta besar el suelo, me preguntó en mal inglés *¿bas?*, en lugar de

bath; contestéle afirmativamente y, acto continuo, con habilidad extraordinaria, toma como con pinzas entre el dedo grueso de sus pies y sus otros zapatos de palo. Se compone cada uno de una lamina de madera ovalada, de una doble cinta unida a la extremidad anterior, terminando pegada a los costados de la misma lámina; en la planta llevan dos paralelas y perpendiculares a la primera, una hacia la punta del pie y otra al nivel del talón; estos zapatos los usan de la puerta de sus habitaciones afuera y se dejan siempre en los dinteles; de modo que cuando queráis saber cuántas personas hay en el interior de una casa lo podéis averiguar por el número de zapatos que haya en la puerta.

Provista ya de sus zapatos empezó la *musume* su tarea de preparar el baño con paso corto, dirigiendo la punta de los pies hacia dentro, y haciendo un *cric-crac* especial con el calzado a cada movimiento.

Remangado el *kimono* y luciendo unos brazos torneados y unas manos correctamente artísticas, disponía el agua, traía la jícara de laca, el jabón y un cubo de bambú: por ser extranjero fui favorecido con una silla.

Listo ya el baño y siempre riendo, me dice en su escaso inglés: *guddo* por *good* *ready*; apréstome a tomar mi deseada ablución, previendo la incomodidad de meterme en una tan improvisada tina, pero como no podía encontrarse cosa mejor, la acepto y, sin más, me introduzco empaquetado a mi difícil baño; la *musume* no daba muestras de marcharse; por el contrario, veía con sin igual extrañeza las diferentes piezas de mi ropa y, con admirables gestos, decía *anata*, y con ademanes y palabras de asombro me indicaba que era mucha la ropa de los europeos, como llaman a los extranjeros.

V. Las tiendas

Repetidas veces solía pasear por el *bentendori*, calle del comercio; allí pueden verse, bajo los mismos achaparrados techos, grandes rótulos negros, con caracteres blancos colgados

como gallardetes; sólo el japonés comprende su significado, y nosotros, guiados por los objetos mismos, entrábamos a curiosear y comprar lo que a nuestro alcance estuviera: sedas, *cloisonés*, lacas, trabajos en bronce, madera y marfil; bordados, objetos de cristalería, relojería, etc., etcétera.

Figuráos un jacalón cuyo piso se levanta del suelo como media vara y llega a corta distancia de la puerta, sin mostrador, sin nada más que esa plataforma. Entráis a comprar cualquier objeto, tomáis asiento sobre el borde de la tarima y así podréis ver sobre el piso tendidas todas las mercancías que buscáis.

Sin apariencias lujosas, los establecimientos tienen toda clase de artículos, abanicos, sombrillas, pañuelos, sedas de espléndidas combinaciones de colores; por cada objeto piden precios fabulosos y concluyen por darlos en la tercera o cuarta parte del precio que pedían.

Después, si queréis visitar el centro del almacén, es necesario dejar los zapatos y, ya en el interior, calcetín al suelo y amonado sobre unos cojines, os sentáis en el piso acolchonado de estera y allí seguiréis viendo todo lo que se os antoje.

VI. Las casas de té

Entrada la tarde, una casa de té es el lugar elegido para descansar y tomar un refresco.

El *kuruma* me conduce a todo correr por entre el pueblo gritando *jau, au, au!* con voz chillona, capaz de asustar a cualquiera; se abre paso entre la multitud y a los colegas que encuentra en el camino los saluda amable con su usual *ohayo*, que quiere decir buenos días, buenas noches y cuanto puede expresarse en un saludo.

Mientras tanto, desfilan ante la vista innumerables casas, todas iguales de aspecto, negras por fuera, albeando de limpieza por dentro: unas más chicas que otras, pero siempre idénticas.

Ya se va dejando la ciudad y empieza el campo, todo cultivado, dividido en lotes pequeños donde crece hortaliza

siempre fresca; más allá, la montaña, y por entre los esbeltos pinos, destacan los arcos de piedra, arcos sagrados, las escalinatas interminables, hasta llegar a lo alto de la cima donde se sitúa el templo. Por otro lado, descúbrese el terreno siempre montañoso de la costa hasta perderse en el mar que la besa y acaricia.

Allí, bañada por las olas, parte sobre tierra firme, parte sostenida por inextricable esqueleto de madera, asíéntase la alegre *tea house*. De un lado tenéis siempre el hermoso panorama de tierra; del otro, la bahía sembrada de *sampanes* pescadores, de juncos con velas de bambú o de manta, de lanchas de vapor, remolcadoras conduciendo a todas partes, pueblos enteros, grupos chillones de mujeres trabajadoras, montones de chiquillos desarrapados o casi desnudos, representantes de la última clase social, ennegrecidos por el carbón que han transbordado a los vapores.

Por donde quiera azulean los *kimonos* y se mueven los juncos al golpe de las *singa*, remos descomunales batiendo por la popa las aguas, y en medio de todo esto, una *gritería terrible* porque sólo en el pueblo chino puede encontrarse otro tan ruidoso y ensordecedor.

Este bullicio de la bahía se observa desde los varandales de la casa de té. Allí, en amplio mirador abierto a la playa, alrededor de mesitas de laca rojas y sentado en sillas de bambú, tenéis que esperar la *avalancha de la casa* antes de poder tomar una soda, o una cerveza de Tokio o una taza de té. Al entrar a la casa de té, un clac en distintos tonos anuncia a sus dueños la llegada de parroquianos de cualquier sexo, edad o condición que sean.

Primero sale la mujer de más edad, con su negra dentadura; después las más jóvenes, también con dentaduras oscuras que les da un raro aspecto; en seguida, las *musumes* risueñas y ágiles, con sus altos peinados negros, los pedazos de su frente estrecha, sus ojos más pequeños todavía, entran una por una, dejando sus zapatos a la puerta: luego toman el sombrero, el bastón, la corbata, el cuello de la camisa del visitante, le registran los bolsillos, le regalan uno que otro beso

desabrido y por fin llega una verdadera avalancha de muchacos tonsurados, todos en distinto grado, unos con coronilla pequeña, otros con unas más grandes, para dejarles apenas un cerquillo de cabellos de la frente a la nuca (la edad de cada muchacho se conoce por el grado de tonsura); al último traen el *shamisen* (especie de guitarra), unos tamborcillos de madera y cuero y unos palos que, al golpear uno con otro producen un ruido metálico, constituyendo la orquesta japonesa; y, en un cesto de bambú, máscaras de la forma más rara.

Véis desfilar todos estos personajes en ceremoniosa procesión antes de obtener el refresco solicitado; viene a la postre el refresco, pero, ¡oh sorpresa!, véis un sifón de agua gaseosa, otro de cerveza, la botella de whisky y una bandeja con pasteles y tazas de té; entonces llega a su colmo la algaraza de toda la familia: destapan la soda, se arrojan sobre los pasteles, devorándolos y, concluidos, piden más y más; después tocan el *shamisen*, bailan haciendo mil contorsiones caprichosas, manejan la careta con maestría y todo esto acompañado de una música contundente que hierde los oídos y os divierte hasta cierto punto, pero os cansa muy pronto.

Después viene la cuenta y entonces... cuidado, futuros viajeros en el país del crisantemo: fácilmente os dejarían sin un solo centavo; es gente que pide diez centavos, y si tenéis la flaqueza de darlos, os molestarán tanto más cuanto más dinero les proporcionéis; cuidado, si no moderáis sus manifestaciones de aprecio y no evitáis que se apoderen de lo vuestro: volveréis a vuestro hotel con los bolsillos vacíos.

VII. Las comidas en la fonda

Ha llegado la hora de hablar de los alimentos. He cenado en los hoteles y restaurantes del barrio extranjero, elegantes y suntuosos, donde tenéis la etiqueta más rigurosa de los *dining rooms*, y es necesario ir a las casas japonesas a tomar el *chau-chau*, nombre que dan al acto de comer, sea en la mañana, al mediodía o en la noche.

Pues bien, *fukusan* me conduce a una elegante fonda japonesa para *europeos*, donde hay espejos, mesas de mármol, servicio a nuestra usanza, comida bien preparada y abundante; pero pronto advertís que no coméis solos, sino muy acompañados: una *musume* trae el trinche, otra el cuchillo, otra la cuchara, otra la mantequilla, otra el vino, pan, etc.; llega el primer platillo y toda la servidumbre se sienta, rodeándoos, y empiezan a comer como el anfitrión y en el mismo platillo; en un momento consumen el pan y la mantequilla, meten la cuchara que pasa de mano en mano en el plato de consomé y, hablando su idioma como si lo escupieran, entran en alegre plática hasta que, cansado de esperar, hay que decirles *sayonaraanee*, que quiere decir ¡váyanse!, porque de lo contrario no entraría a vuestra boca un solo bocado.

Esto es común en la vida de los hoteles japoneses: a las pobres *musumes* parece que les agrada la condimentación nuestra y por tal motivo devoran cuanto ven, cada vez que tienen la más leve oportunidad de servir su comida a los extranjeros.

VIII. Por la noche

Terminada la cena en el restaurante japonés, fui me al *boulevard*, la calle de los teatros, más ancha que las demás y tan larga, que se extiende del parque central a los Yoshiwaras, iluminada profusamente por variedad infinita de faroles de todas formas y colores, que lleva, cada cual, un signo para indicar el nombre de la casa.

A una y otra acera, sin límite marcado, se ostentan las casas de comercio, pero especialmente jugueterías, donde se agolpan los padres de familia a proveerse de los juguetes más raros e incomprensibles.

Las puertas de los teatros se ven llenas de gente que entra y sale, y por dondequiera se oye música japonesa, con palos, tambores y *shamisen*. En la calle, el crac-crac de los zapatos, el grito incesante de los *kurumas*, el pito plañidero de los ciegos

que hacen el masaje al aire libre, el arrastrar de las rondelas de lata de los policías, se mezclan confusamente, produciendo en los sentidos la impresión de algo desconocido y con remedios mitológicos.

¡Qué variedad de colores en los vestidos, aun cuando todos tienen una sola forma! ¡Cómo brilla el negro y fenomenal peinado de las japonesas o las calvas de los ancianos que pasean alegres! ¡Cómo se perciben a distancia las jícaras invertidas que llevan a fuer de sombreros los *kurumas*! ¡Y cómo resalta en ese baratillo el albeante traje de los europeos radicados o de paso en el Japón!

Al pasar frente a un teatro se levanta un telón del lado de la calle, dejando ver primero el escenario y, en el fondo, la concurrencia en graderías.

Suspéndese un momento el telón y rato después se abate: éste es el anuncio vivo de las representaciones.

IX. El teatro

Dejemos a *fukusan* y entremos al teatro japonés. Bajo un portal de madera enverjado en toda su extensión con varillas de junco, se abren a los lados dos puertas estrechas que marcan la entrada y salida del escenario; sobre el portal, que es bajo y achaparrado, está el foro o circo, separado de la calle por el telón que ya dejo mencionado; al lado izquierdo de la puerta, tras un mostrador, apenas se distingue la silueta de un rapado boletero que con asombrosa rapidez despacha a los concurrentes, dándoles en cambio de sus centavos unas láminas cuadradas de madera con signos que indican la localidad: son los boletos.

Súbense dos escalones y a la derecha, en el intervalo que sirve de corredor, la concurrencia deposita sus zapatos de palo que cuelgan por orden riguroso en una estacada sobre la pared, o se amontonan en filas sobre el piso; ¡los zapatos, siempre los zapatos, dejados a la puerta de todas las habitaciones! Yo tuve que pagar cincuenta centavos por no querer abandonar los

míos. Después de este incidente, me instalé en el departamento mejor, en cuclillas sobre una estera, y mi primera impresión fue el reparto de localidades; un patio sin sillas donde, sentados o acostados en todas las posturas, veíase a mil tipos japoneses de los dos sexos: un barandal de medio metro de altura dividiendo esta localidad de una segunda que, en plano inclinado, sube hasta tocar el piso del tercer departamento, en forma de palco corrido en comunicación con el foro; a un lado de éste, y oculta a las miradas del público, está la discordante música que deleita continuamente los acostumbrados oídos de los naturales y martiriza los del recién llegado extranjero. En el fondo, otro plano inclinado une todas las localidades, desde el patio a la última que me he atrevido a llamar patio; todo lleno, apiñado de gente que fuma, ríe, duerme, grita o pelea, hace de aquel lugar público un sitio de confianza familiar, sin miramientos ni preocupaciones.

El telón, siempre levantado, deja ver continuamente juegos acrobáticos, equilibristas, domadores de fieras y comediantes. Las representaciones duran, en las festividades, hasta tres días con sus noches; en los días comunes, toda la noche. De buena gana disponíame a atender la representación: tratábase de equilibristas que con limpieza suma ejecutaban los más delicados ejercicios; siguieron los domadores de elefantes y tigres, también digno de verse en los mejores circos del mundo, trabajos todos admirables y perfectamente ejecutados.

Gústale también al pueblo japonés el drama y la comedia *sui generis*: no copia para ello nada del extranjero, y tienen sus autores y poetas dramáticos que interpretan tan bien el idilio como el sainete y la tragedia. Hay una cosa extraña: la mujer nunca representa sus papeles; los hacen en su lugar hombres disfrazados con trajes de carácter. Acompañados en cierta ocasión de un inteligente intérprete, nos tradujo una magnífica comedia japonesa que gozaba de gran prestigio y fama en todos los dominios del Mikado.

X. Ideas generales

Pasaban los días y nuestra permanencia siempre halagadora en ese país nos llevaba a curiosear todas sus costumbres: visitábamos los templos budistas, asistíamos a las ceremonias religiosas, presenciábamos los entierros, recorríamos los cementerios, los hospitales y las cárceles. Después, entré a las aulas científicas, a los arsenales, etcétera.

Allí se palpa el contraste extraordinario, el empuje soberano de una raza disímbola, auténtica y contradictoria, pero en vía de un progreso tan eficaz, que camina rápidamente a su engrandecimiento y alcanza en la actualidad el primer lugar entre todos los pueblos de Asia.

La primera impresión que produce el Japón es la de un pueblo de monigotes incivilizados; se estudia, y entonces aparece tal como es: grande, ilustrado, inteligente, trabajador, virtuoso, valiente y susceptible de abarcar en todo tiempo la civilización más grande y el adelanto más notable en todos los ramos del saber humano.

Si al lado de costumbres que causan risa se ven obras que producen respeto y admiración, y al lado de un fante que despreciaríamos con un puntapié o a bastonazos encontramos personajes dignos de respeto, pero los confundimos en el mismo aspecto de cara, facciones, modales y trajes, es difícil apreciar la diferencia de las clases. Sólo un trato íntimo las hace distinguir.

XI. El arsenal de Yokosuka

Invitado para ir a Yokosuka, donde existe uno de los arsenales del gobierno y es a la vez residencia del primer almirante, tomamos en Yokohama un tren al estilo inglés por sus máquinas y distribución de carros. Cuatro horas a través de un camino pintoresco, entre sembrados de té, algodón, viñas, moreras para la cría del gusano de seda, arrozales y bosques de pinos y mil otras plantas que adornan y sombrean todo el terreno

cultivado, cruzando túneles y atrevidos puentes, nos bastaron para llegar a Yokosuka. Para entrar al arsenal nos embarcamos en magnífica lancha movida por gasolina. Atravesamos un estrecho paso de mar y, ya del lado de la planicie, nos dirigimos por una avenida limitada a los lados por jardines hasta la Dirección. Fondeaban en la bahía diez acorazados japoneses, construíanse tres y reparábanse otros muchos caputarrados a los chinos en la última guerra contra el Imperio de Confucio. Nos sirvieron de amables cicerones los oficiales de la marina japonesa y dos ingenieros también japoneses, uno educado en Inglaterra y el otro en Francia. Entre los barcos que vimos figuraba el "Esmeralda", antiguo acorazado chileno que estuvo en aguas de Acapulco perseguido por los americanos cuando la revolución de Chile, y vendido después por este país al Japón para su guerra con China; de feliz memoria y de elegantes formas, el aguerrido barco descansaba sobre sus anclas, atracado en uno de sus muelles. Bajo grandes pabellones de ladrillo y láminas de zinc, repartidos con el mayor orden y acierto, estaban los talleres, fraguas, fundiciones, carpintería, solderías, tonería de piezas de acero, armadores y después, las inmensas jaulas de fierro donde se construyen los casos de los buques, militar y estrictamente reglamentado todo: notábase orden, aseo, actividad, regido todo por avezados marinos y por ingenieros japoneses; no se advertía la mano del extranjero sino en la instalación, en la idea primitiva y nada más. El resto lo hacía ese gran pueblo, a quien en mucho tiempo se creyó por su modestia, humilde apariencia y tipo étnico, incapaz de la civilización. En la playa, diques secos, ocupados por barcos en carena, aumentaban a tal grado el trabajo, que no pudo arreglarse allí la limpia de nuestra corbeta.

Después de nuestra útil y recreativa visita, pasamos al edificio del Almirantazgo, donde se nos sirvió magnífico *lunch*. Sobre una loma artísticamente cortada, parecía como incrustado el gran palacio. En su ancho pórtico y vestíbulo figuraban hontosos trofeos y reliquias de la guerra. El palo mayor de un barco cortado en dos por una granada china, una plancha de protección abollada por un proyectil, etc. Al

terminar la soberbia escalinata de magnífica cantera, destacábase un gran cuadro representando la toma de Puerto Arturo y, después, seguían amplios y serios corredores que daban acceso a los salones adornados a la europea. En el salón de recepciones se nos sirvió, antes de comer, espléndida taza de té verde, costumbre japonesa que nos agradó mucho, aun a los que hubiéramos deseado algún aperitivo espirituoso.

Después, con todos los honores, fuimos ocupando nuestros lugares en la mesa y, al terminar, el secretario, en correcto inglés, pronunció una alocución en la que nos dio la bienvenida y brindó por nuestro gobierno y por las simpatías que los mexicanos inspiraban a su país.

Siguieron algunas libaciones que pusieron regocijo a nuestros amables huéspedes, quienes nos acompañaron hasta el bote que debía conducirnos a nuestra correría.

XII. Kamakura: la ciudad de los templos

Esta población es pintoresca y graciosa sobre toda población. Está situada en una llanura, tiene avenidas anchas, y entre sembrados de arroz y lotos gigantes se destaca pomposa; álzase sus soberbios templos siempre en lo alto, al terminar de hermosas escalinatas donde puede marchar ampliamente un batallón. Sobre una explanada levántase el templo al dios de la guerra, en forma de arco, recordando el estilo pompeyano por la variedad de colores vivos y mezclados que lo adornan; una vez dentro del gran arco sagrado, unos cuantos escalones conducen al altar, donde la diosa madre de Buda, en madera, bronce y cobre, sentada con los ojos bajos y ostentando un botón en la frente, como insignia de sabiduría, ocupa lo alto de un dosel; abajo, y un poco adelante, está el arco de laca roja sobre mesa amplia de madera lacada con patas artísticas en figura de dragones. Molduras doradas de estilo churrigueresco cubren las paredes, y grandes pilastras de bronce, terminadas en encarrujados pabellones, llevan en su interior una lámpara encendida, símbolo de perpetua adoración. Al lado de la diosa

y en el altar, un cuadro tosco de marfil figura a un ser mitológico arrojando chispas por la boca, ojos y narices, y asolando al pueblo enemigo; en actitud curiosa, descarga su cólera, mientras que ampara con la diestra mano a un guerrero japonés que, lanza en ristre y cubierto de acerada cota de malla, desafía al invasor. Limpia estera de bambú acolchonada cubre todo el desmantelado piso, y una vidriera de papel formando puertas corredizas o paredes traslúcidas, según se quiere, separa o da acceso a un corredor oscuro, bajo, donde figuran coleccionadas como en un museo, toda clase de armas antiguas y otras muchas que en la guerra con China quitaron el Celeste Imperio. ¡Qué envidia hubiera despertado en un arqueólogo una visita a ese museo!

Descendimos la escalinata amplia y empinada del templo: en el primer descanso, a la derecha y a la sombra de corpulentas palmeras, dos grandes piedras simulando en mal acabada forma dos seres humanos de uno y otro sexo, representan los dioses de la procreación, cuyo culto es proverbial en los matrimonios del Japón; allí depositan los casados ofrendas consistentes en ramos de loto y botones de crisantemo. Dichos dioses parecen ídolos no acabados de modelar por el cincel del artista.

Descendimos más y más hasta llegar a la explanada, y una doble fila de lámparas de bronce completan la vista artísticamente rara del templo. Por fin, nuevamente sobre los *rikishas* avanza la columna de la oficialidad del "Zaragoza" hasta llegar al pórtico del templo *Daibutsu*, uno de los más notables del Japón. La distancia recorrida es de tres millas y el camino, en ascensión poco violenta. Acompañábamos esta vez el electricista de a bordo Wood, cuya humanidad pesa cerca de 150 kilos. Sudoroso el *kuruma* que lo arrastra, pide suplicante un ayudante: no podía con tan enorme mole. Sujeto a las bromas de todos nosotros, le ayudan cuatro hombres, y sólo así, en triunfal columna con el voluminoso señor a la cabeza, llegamos al pórtico del templo.

A uno y otro lado, delante de artísticas balaustradas de manípostería, las atléticas figuras de dos genios desollados encerrados en jaulas de alambre, ostentaban su enrojecida

musculatura, anatómicamente bien representada. Uno era el genio del terror, otro el de la ira: cubríanlos como asquerosa lepra bagazos de papel mascado que los fieles arrojan desde fuera con objeto de obtener las gracias del Daibutsu. Tienen esta superstición: si la bola de papel mascado se pega en el tronco, serán favorecidos; si en los brazos, serán forzados a grandes trabajos antes de conseguir gracia; si en las piernas, se verán obligados a repetir viajes antes de ser atendidos por la diosa; por fin, si en la cara, sufrirán el peor de los castigos, porque entonces Buda no atenderá las súplicas del creyente hasta que hayan lavado su cara con la primera agua del cielo que caiga al primer día de lluvia. De suponerse es que el tronco del ídolo será la parte más llena de milagrosas bolitas, y que la verja de alambrado tenga que limpiarse diariamente para dejar expedito el camino a los ensalivados proyectiles de papel arroz.

Dejemos a los iracundos y desollados dioses de madera y laca y de colosal altura, y penetremos al recinto donde la gran estatua de bronce de la deidad japonesa contempla en el Nipón, como las pirámides en Egipto, rodar los siglos y las generaciones. En uno de los grabados que hemos publicado figura la estatua distante unas cien varas de nuestro grupo. Sobre pedestal de granito que el tiempo ha ennegrecido sostiénese la diosa sentada con las piernas cruzadas, los brazos a lo largo del cuerpo y las manos entrelazando sus dedos, de tal suerte que tocan las extremidades de los pulgares. La paciencia, la concentración del alma, la bondad y el sacrificio, resaltan de la actitud de esta figura gigantesca de bronce, forjada a favor de titánicos esfuerzos. Las dimensiones de la estatua son tales, que en las palmas de las manos pueden caber perfectamente diez hombres sentados; el botón que lleva en la frente como símbolo de sabiduría tiene las dimensiones de la cabeza de un niño. Hueca la colosal figura, tiene en su interior el templo, donde ampliamente caben cerca de treinta individuos; en la cavidad que corresponde por fuerza a la saliente de las manos y rodillas, está el arca del diluvio, según las tradiciones del budismo. El arca es la gran insignia, después de la diosa misma, en la religión budista. Ahora se trata de levantar

un templo que cubra a la diosa, para cuyo objeto dejamos nuestra limosna y apuntamos los nombres de los oficiales y médico del primer barco de guerra mexicano que en aquellos remotos mares hacía flamear la tricolor insignia del Anáhuac.

Pardeaba la tarde y nuevamente nuestra columna de *rikishas* emprendía el camino de bajada a la estación. Mr. Wood, temeroso de que el descenso hiciera rodar a su *kuruma*, pide esta vez a los otros que moderen la velocidad de la marcha, de suerte es que, a la ida empujado y al regreso atracando, llegó sano y salvo el humorista mecánico, y con todos nosotros, al tren primero y después a Yokohama.

XIII. Viaje a Tokio

A unas 35 millas por tren hacia el norte de Yokohama queda la gran ciudad capital del imperio.

Hace treinta años era asiento del pontificado budista, unido hasta entonces al Mikado, que residía en Kioto; de ahí el significado de Tokio y Kioto, que quieren decir, la primera, ciudad capital del este, y la segunda, ciudad capital del oeste.

Desde esa época el Mikado separó de su gobierno al budismo y como soberano absoluto, instaló sus reales en Tokio, el antiguo Yedo. De entonces data el positivo adelanto en el remoto país de Oriente, que favoreció industrias, instrucción pública, artes y ciencias, alcanzando hoy pasmosos progresos, aunque como incomprensible país de los contrastes, encuéntranse a cada paso allí las aberraciones más sorprendentes y chuscas que puedan caber en la imaginación.

Tokio es más extenso que París y un poco menos que Londres, pero la desproporción, el estilo artificioso y raro con que está repartida la población la hacen única en su género, y la singularizan entre todas las populosas ciudades del mundo.

Si se ve el plano, aparecen tres grandes círculos que figuran un triángulo; un círculo hacia el sur y los otros dos hacia el este y el oeste, corresponden a elevaciones notables del terreno; el del sur es el palacio del Mikado; el del este, la universidad y

escuela de instrucción superior; y el del oeste, el museo y el jardín botánico. Lo demás es la población japonesa, que muestra allí, como en todas partes, sus angostas calles y sus casas achaparradas de tejas negras, limpias con apariencia de sucias, tristes como ataúdes, curiosas como todo lo del Japón.

El palacio del Mikado, suntuoso castillo de cantera, se levanta airoso en la cúspide de una boscosa colina diez veces más grande que la de Chapultepec; rampas medio cultivadas y parques de césped conducen del castillo a la falda de la colina circundada por una espesa muralla de granito, que se eleva a unos 20 metros sobre un foso profundo que tiene unos cincuenta metros de anchura. Sigue después al derredor de este foso una extensa explanada, donde, repartidas en magníficos cuarteles, se instalan las tropas del Mikado de las tres armas: caballería, infantería y artillería. A esta explanada rodea otra muralla doble de granito y otro foso de esta segunda muralla, y del foso hay otra explanada donde se levantan los ministerios, contruidos de cantería también y ostentando los más soberbios estilos de arquitectura. Todavía circundando esta nueva zona de edificios del *kencho* (gobierno local, municipio, policía, etc.) y los de los representantes de las naciones, como el suntuoso Hotel Imperial, y por fin rodea a toda esta serie de fosos y murallas, la gran muralla doble con puentes levadizos y espesas y toscas puertas que cierran a las seis de la tarde, dejando sólo abierta una para entrada común. La gran muralla tiene de diez a doce millas de circunferencia

Fuera de esta gran muralla, allá está la población puramente japonesa que pulula y se divierte, que grita, que vive, en fin, como un pueblecito de locos o desequilibrados con su aspecto de miseria y su carácter aparentemente imbecil.

XIV. La universidad

Alojado en el Hotel Imperial, suntuoso edificio con todas las comodidades y lujos que requerir pueda el más exigente, sostenido por el gobierno para dar al extranjero alojamiento

digno de su categoría, y que cuenta con todo lo necesario y satisface el gusto o el capricho.

En los primeros días nos tocó hacer una visita a la universidad; nuestros *kurumas*, listos a buena hora, nos condujeron por las encrucijadas y calles de la población: pasamos primero los muros, después los fosos y, ya fuera del recinto real, entramos de lleno en la tortuosa ciudad de los abanicos, de las garzas, de los biombos y de los animales sagrados, porque allí la tortuga, el caballo, el buey, el elefante y la garza son sagrados: dos horas y media al recio trotar de nuestros *boy ponies*, como los llaman los ingleses, llegamos a la universidad.

Amante curioso por mi profesión, me dirijo primero a la Escuela de Medicina: el edificio, aún en construcción, será dentro de poco un local digno de su elevado objeto. Hoy es de madera todo el antiguo edificio; el profesorado es alemán y ese idioma es el que se habla en el interior de la escuela; el número anual de alumnos no debe pasar, por orden superior, de cien, y el plan de estudios es, con muy corta diferencia, igual al nuestro; existen los museos y laboratorios necesarios para el estudio de las ciencias médicas.

Por lo tanto, puede asegurarse que la medicina en el Japón está a la altura de los países civilizados y cuenta con todos los elementos que la ciencia exige para sus investigaciones.

En el recinto de la escuela hay anexo un hospital de casos puramente escogidos para la clínica.

Satisfecho de mi visita, fui invitado por el doctor Balez a comer, y me informó de la difícil tarea que tenía el profesorado: "Figúre usted —me decía— que antes de entrar a la enseñanza de materia médica, hay necesidad de enseñar a vestir a nuestros alumnos, a hablar y a convencerlos de que es incompatible su idioma y costumbres con el práctico ejercicio de la profesión.

"Cuando llegué como profesor a la universidad, en el acto de inaugurar mi clase me encontré en un vasto departamento sin un solo mueble y a mis futuros alumnos con los pies sin calzado, cubiertos de batas de todos colores, medio o casi desnudos, y sentados en cuclillas; a mi entrada todos se incli-

naron para besar el suelo, y yo quedé sin saber qué pudiera indicar ceremonia tan rara, admirado de tener que enseñar medicina a aquellos seres que me parecían una turba de *rorros* mal hechos; ni una sola palabra se oía; sólo una serie de suspiros o respiraciones fatigosas, como si todos se estuvieran quemando la boca; y ante aquel grupo de pelones abriendo la boca y alzando la cabeza, mi situación era extravagante o rara.

''Por fin, nervioso con semejante mímica, me dirijo a un médico japonés conocido como Bellúe, y sirviéndome de intérprete, dije una pequeña alocución a aquel pueblo que me parecía bárbaro. ¡Cómo me desilusioné de mi papel de profesor!

''La costumbre me hizo poco a poco sobrellevar, y después prohibir, tales manifestaciones de respeto; enseñeles a vestir y a usar zapatos, a poner a los enfermos en cama y no en el suelo; y en varios años he logrado, en cooperación con mis compañeros, que los alumnos se acomoden a nuestros usos, siquiera en el interior del establecimiento.''

Hay otros departamentos en la universidad que parecen estrambóticos, como la escuela de cocineros o de *geishas* (cantatrices). Un cocinero japonés os presenta con todo garbo su título universitario, concebido en estos términos:

''Yo, el ministro de instrucción pública, con licencia y perdón de su intachable Majestad, el Mikado, concede al súbdito X el título de doctor en Arte Culinario, como premio a las habilidades que demostró en su examen profesional.''

No hay en esto ninguna exageración: el ejemplo se tiene en un cocinero que, embarcado en Yokohama a bordo del ''Zaragoza'', está radicado hoy en Veracruz.

El título de las *geishas* dice así: ''Yo, por la gracia de Buda, directora en el Imperial Conservatorio del tokaido, con la venia de su Majestad Absoluta el Mikado, concedo a *Kamasan* (señorita Rosa) el título de geisha, alta cantatriz, profesora en baile y en ejecución de shamisen. Destinada a mantener vivo el clásico baile y canto de nuestro Celestial Imperio, será respetada y favorecida por nuestro pueblo, que el gran Buda guarda y engrandece.''

Así véis a las geishas respetadas del pueblo, llamadas a sus

festines desde el encumbrado salón hasta la casa de té, confundidas entre todos, sencillas y cándidas como las *musumes*; pero no las toquéis, porque admiradas os dicen: ¡Oh, no no, geisha!”, como quien dice: ¡Oh, no cometáis esa falta, es una cantatriz inviolable, es una consentida de Buda y del Mikado!

Por fortuna, la negativa es tomada por el viajero con estoica serenidad.

XV. Paseo nocturno

Ha entrado la noche y hace tiempo que han encendido los millones de faroles de papel que alumbran la ciudad; también se distinguen focos de luz eléctrica más y más frecuentes a medida que se avanza hacia el centro de la población.

Ligera contrariedad experimentamos: nuestros *kurumas* están cansados a pesar de que en nuestros grandes ocios han engullido buenos platos de arroz con pescado crudo y tazas de jengibre y de *sake* (vino de arroz). Apenas tienen razón: salieron del hotel en la mañana y regresan en la noche; les damos yen y medio, y contentísimos nos abandonan a dos millas del hotel.

Tomamos un tranvía que nos conduce hasta la puerta de la muralla. Ya estamos en el carrito: el tren va casi lleno porque empieza a caer lluvia menuda; la dificultad es tomar asiento; las plataformas están llenas y en el interior, acurrucados sobre los asientos o sentados en el piso como gatos, van los pasajeros. Con trabajo me abro paso y me siento como Dios manda.

Entonces vi que todos sacaban su pipa y le ponían una bolita de tabaco. Fumaban de prisa, pero como era muy pequeña la capacidad de las pipas, a poco tenían que reemprenderla, y con gran habilidad sacaban una bolita de fuego que sostenía en la mano, mientras surtían la pipa de nuevo.

Repentinamente se para el tren, y unas voces argentinas, hablando en inglés puro, nos anuncian la presencia de algunas excursionistas. Efectivamente, suben al tren dos elegantes señoritas, contemplan el grupo de pasajeros, su desnudez, sus

posturas símicas sobre los asientos y en el piso, y un gracioso gesto manifiesta su repugnancia. Por fin, se sientan, mientras los otros concurrentes se agrupan en el rincón opuesto y con sus miradas de gato y las bocas abiertas, contemplan con expresión singular a las simpáticas hijas de Albión, que, por su parte, ríen de buena gana.

Llegamos por fin al hotel y nos vestimos de etiqueta, guardando las reglas de la casa. Terminada la cena y como buenos turistas, vamos a visitar uno de los barrios más admirables del Japón: el Yoshiwara.

Hora y cuarto de *rikisha*, a buen paso, basta para llegar a ese barrio pintoresco cantado por los poetas del mundo entero. ¡Cuántas ideas despierta, cómo se presta para desleír en un cuadro los mil colores que ofrecen estos sitios hermosos, edenés del Asia, lugares encantados de idilio, de lo soñado, paraísos no comprendidos de este país apacible, hermoso, contradictorio, que luce todos sus encantos en la tranquilidad de la noche!

Yo también, como los poetas, he soñado, como ellos he sentido oleadas de sentimiento.

Asomado a una baranda, viendo rielar la luz de la Luna sobre las mansas aguas de la ría, he sentido la magia del ensueño y, aspirando una atmósfera embalsamada, he visto deslizarse como fantasmas los cuerpos de ninfas raras vestidos de seda cruzar como sombras adoradas, como si algo inmaterial y divino alentase aquellos genios del Yoshiwara saturado de perfumes. He palpado después la realidad y procuraré dar aquí mis impresiones, lejos de los arrebatos idealistas.

Figuraos un barrio aislado de agradable aspecto, lujoso, con calles rectas, casas con amplios corredores limitadas por celdas verdes de madera agujeradas de mil ventanillas de papel por donde se puede ver el interior de los departamentos, de color rojo subido.

Una ancha puerta da acceso a un fondo oscuro, donde se mira la repugnante figura de un viejo calvo que hace de portero. A intervalos de media vara en los techos y las comizas, los focos incandescentes dan a la casa el aspecto más fantástico.

En el salón enverjado y lleno de luz, están sentadas en el suelo, al frente de diminutos tocadores, las moradoras del Yoshiwara. Hermoso espectáculo el que ofrecen estas mujeres, si puede llamarse así a estos seres pequeñitos, menudos, con sus cuerpecitos infantiles, sus labios pintados de rojo, sus agujetas mil en el cabello, sus vestidos sueltos de colores chillantes: el golpe de vista es curioso. Si llegáis a penetrar a la casa, veréis que se forman en el salón, en filas desiguales, como muñecos colocados en un aparador. Después, se adelantan alegres y bulliciosas, y piden cigarrillos, fruta y como la mayor parte no saben hablar más que su idioma, ríen con carcajadas alegres; y sobre todo, comen, comen sin descanso.

Hasta llegáis a experimentar cierta lástima, viendo aquellas mujercitas risueñas, con sus caritas alegres y raras, pero de facciones agradables.

Cualquiera creerá que en Yoshiwara es posible hallar los perfumes que se nos ofrecen en el comercio como originarios del Japón; el desencanto es formal: allí no se conocen los perfumes que llamamos japoneses. El olor que resalta en todas las partes es el del tabaco.

Extraña impresión la que produce la mujer japonesa, enfática sin pasiones, sin amor, sin las voluptuosidades de las otras razas. La poesía en la tierra del crisantemo se siente en el aire, en el mar, en su cielo azul, en sus paisajes hermosos, en los cantos raros y en la música del *shamisen*; pero no en el trato de las personas ni en su carácter. Insensible la mujer niponesa a los arrebatos de la pasión, no siente ni el odio ni el cariño, ni la admiración ni el desprecio: es una especie de autómatas, sencilla, cándida, sin ideas del pudor, pero sin embargo dócil y blanda a la dirección que se le da. Será fiel si se le manda la fidelidad; cometerá los mayores delitos si se le infunden ideas perversas; cuidará de sus hijos o los dejará morir sin que una lágrima nuble sus ojos, según las órdenes de su dueño. ¡Raro y extraordinario tipo el de la mujer japonesa!

XVI. Los jardines imperiales

Al día siguiente nos propusimos hacer una visita al museo y a los jardines imperiales.

Tres yenes cuesta la entrada, y un yen o centavo más cobran por el depósito, a la entrada del establecimiento, del bastón, paraguas, sombrero y abrigo.

El museo está construido a la europea, con salones y departamentos bien arreglados y el conjunto de edificio es soberbio. La sección de zoología es muy rica en ejemplares clasificados por naturalistas extranjeros; lo más notable que vi fueron unos gallos japoneses con una cola de más de tres metros de largo.

Sigue después el salón de pinturas, el de armas con ejemplares muy raros de las primitivas usadas en el Japón; después el departamento de objetos de arte: lacas finísimas, porcelanas y, causando extrañeza entre las bellísimas porcelanas, entre aquellos admirables objetos, contemplé proyectiles de la guerra de China y aun me atrevo a asegurar que había también material de guerra que se atribuye a los triunfos del Japón sobre el Celeste Imperio.

Se ve que hay una especie de purito de preocupación nacional en clasificar armas y proyectiles aun cuando sean japoneses entre los objetos recogidos como botín en la última guerra.

En el jardín botánico figuran magníficos ejemplares de la fauna asiática muy bien cuidados.

En este jardín encontramos un elefante de colosales dimensiones, y como una muestra de la inteligencia de este animal, referiré una anécdota que me ocurrió yendo con el segundo pagador del barco. Pusímonos a contemplar el hermoso probosodio que con toda calma separaba, por medio de su flexible trompa, el zacate verde del seco que tiene a su disposición. Mi acompañante llevaba en la mano su sombrero de paja, y se quedó mirando fijamente al animal; éste le lanzó miradas extrañas, y como parecía que se le ofrecía el sombrero como manjar, en un momento recogió gran cantidad de zacate seco y, lanzándolo con habilidad suma, cubrió al buen pagador de basura.

Todos celebramos el incidente, inclusive el pagador burlado por la susceptibilidad del elefante que no quiso aceptar un sombrero de paja en su menú.

XVII. La incineración

Dábamos los últimos paseos en la imperial Tokio y ya preparábamos nuestros equipajes para volver a Yokohama, pero nos faltaba conocer un panteón y presenciar, si era posible, un entierro con todas las ceremonias de la religión del país.

Nada más fácil en una población de más de dos millones de habitantes.

La cremación está en uso desde hace mucho tiempo: tienen magníficos hornos, pero en esto, como en todo, al lado de la cultura se encuentran muestras de la barbarie.

Colocan el cadáver como acurrucado en un cajón de madera cuadrado; llenan los intersticios con serrín impregnado de trementina; ponen el cajón de tablas sin pulir ni pintar en un hueco formado en el piso de un cuarto provisto de una chimenea: le prenden fuego y dejan que el cadáver se consuma de esta suerte, lo que nunca se consigue completamente, de donde resulta, primero, un olor insoportable, y luego, una incineración imperfecta que deja los huesos con colgajos de carne mal tostados.

Los hornos modernos se utilizan poco, aunque están provistos y construidos de cuanto exige la higiene

Listos ya para levar anclas y hacer la travesía por el Mar Interior y recalar en Nagasaki, donde el barco duraría algún tiempo en dique para ponerle quillas de balance.

XVIII. La fiesta de la Independencia

Allí pasamos la fiesta del 16 de Septiembre; nuestro barco, empavesado y alumbrado con profusión de focos eléctricos y millares de faroles japoneses, presentaba un bonito aspecto.

Los barcos de guerra surtos en el puerto se engalanaron también, y a las doce del día saludaron con 21 cañonazos a nuestra nacionalidad, representada en aquellos remotos mares por aquel cascarón de hierro.

Coqueta y engalanada se veía nuestra corbeta cubierta de flores: se organizaba una reunión en que íbamos a festejar el aniversario de la independencia y el día onomástico del presidente de la República, general Porfirio Díaz.

Entre los personajes invitados que estuvieron a bordo con motivo de la fiesta, podemos citar a los ministros de Francia, Inglaterra, España, Alemania y Estados Unidos, con sus familias respectivas. El gobernador de Tokio, en representación del Mikado, el ministro de Relaciones del Imperio, el gobernador de Yokohama, un almirante americano, el almirante japonés y la mayor parte de las principales familias extranjeras residentes en la capital.

El golpe de vista que presentaba la cubierta del “Zaragoza” era espléndido, y la animación, el regocijo y el orden que reinaron dejaron muy complacidos a los invitados, quienes, al despedirse, llevados en unos cuarenta o cincuenta botes, mecidos por el suave oleaje de la bahía y alumbrados por poderosos focos eléctricos, tuvieron la galantería de entonar en coro nuestro hermoso Himno Nacional.

Imaginaos una playa envuelta entre la bruma que destacaba sus borradas siluetas a la hermosa claridad de mil focos incandescentes y otros mil más de luz de arco, reflejándose en la tranquila superficie de las aguas, que multiplican su efecto; figuraos nuestra corbeta literalmente llena de focos de todos colores en medio de aquel cuadro indescriptible, como un barco encantado; figuraos que oís los acordes de una magnífica orquesta y que escucháis alegres carcajadas, que veis una sociedad cosmopolita donde hay rusas y turcas, portuguesas y americanas, alemanas y japonesas, austriacas y españolas, ostentando cada cual las galas y los encantos característicos de su país. Pensad que os hablan de las maravillas de un mundo entero, que os sentís saturados de perfumes, embriagados de sonrisas, arrullados de conversación; y cuando hayais pensado

todo eso, casi estoy seguro de que experimentaréis un amargo dejo de dolor que por no haber asistido a esa feérica solemnidad en celebración de la independencia de México.

Y sin embargo, ¡oh, paisanas mías!, también asististeis algunas, en espíritu, a esta fiesta. Salieron a relucir vuestros retratos, se habló de vuestros encantos, se comentaron vuestras gracias pues todos, a porfía querían conocer, siquiera por medio de nuestra palabra insuficiente, a las hermosas mexicanas. Y ya podréis comprender de qué manera nosotros, mexicanos, con tantos recuerdos de la patria en el corazón, hablaríamos del terruño; con qué entusiasmo daríamos a conocer a nuestro querido México en aquellas apartadas regiones.

Faltasteis allí, paisanas mías, pero os aseguro que ya os conocen, que hemos procurado llevar la fama de vuestro encanto al universo mundo y saben en todas partes, en todas zonas, cuán ardiente es el corazón y cuán soñadora el alma de las hijas de México.

XIX. Nagasaki

Muy pronto levaremos anclas e iremos a Nagasaki, en la isla de Kyushu; visitaremos el puerto más meridional del gran Imperio; cruzaremos el Mar Interior, formado, tal vez, por sacudimientos volcánicos y espantosos terremotos que desgajaron el terreno, formando numerosas islas y canales en una extensión de 1 500 millas.

¡Qué hermoso espectáculo! La Luna se oculta a veces tras de negras nubes y otras brilla en todo su esplendor. Los canales son verdaderos estrechos que se ligan, se separan, se apartan para unirse de nuevo: las islas son como picachos de cordilleras inundadas.

El terreno de formas caprichosas, los paisajes hermosos casi se tocan con la mano. Aquí se mira un manto de carbón, en medio de bosques seculares; allá, una rampa blanquecina, por donde suben y bajan mil carretillas conduciendo material de construcción; allá, un pueblo de pescadores, que refleja en el agua el sagrado color rojo como las llamas del infierno; allá, las

obscuras bocas de profundas cavernas, que dilatan sus fauces como monstruos apocalípticos; más allá desgarradas montañas de lava y de granito, o macizos basálticos simulando gigantes cas siluetas de construcciones titánicas; y en los canales, y volviendo sin cesar en laberintos sin salida, parece estar uno en el centro de un gran panorama que gira sin descanso, ofreciendo a la vista un caleidoscopio mágico y arrobador.

Así pasan tres días con sus noches, sin que el agua se rice con el oleaje; se camina como en un lago cerrado. El estrecho de Simonoseki sirve de comunicación entre el Mar Interior y el de Corea; tortuoso, quebrado, angosto, pero lleno de referencias; entrábamos ya en el Mar de China, ese mar traidor como su nombre, y al penetrar en él, nos recibió con una andanada de olas gigantes cas que nos hicieron balancear de lo lindo. Un temporal en esas latitudes es terrible; nosotros tuvimos la fortuna de pasarlo con tiempo magnífico, y nos movíamos como si hubiera tempestad deshecha.

Por fin pudimos entrar a Nagasaki a las cuatro de la tarde y antes de abordar, fuimos sorprendidos por una salva de un yate inglés que saludaba nuestra bandera. Fue una sorpresa que obligó a todos a subir sobre cubierta: detuvimos la marcha, se contestó el saludo y a poco entrábamos a las desquiciadas montañas del caluroso puerto de Nagasaki.

Larga fue nuestra permanencia en aquel puerto. Un mes estuvo el "Zaragoza" sostenido por la palizada del varadero. Se le ponían quillas de balance para aligerar el movimiento.

Su población, semejante a las otras del país, distínguese principalmente por ser el lugar donde abiertamente se favorecen los matrimonios de mujeres japonesas con extranjeros.

Leed *Madame Crisantemo* de Pierre Loti y hallaréis una prueba fiel de lo que son en esa tierra singular las ceremonias de la boda. Veréis las descripciones, hechas por mano maestra, del templo de Usua, el juego de la flecha, los teatros, los campos cubiertos de crisantemos. Todo igual, invariable.

Empezamos a sentir tedio por este país; ya hay entre la oficialidad algunos que han contraído matrimonio, pero se divorcian luego. Es difícil acostumbrarse a la vida monótona e

interminable al lado de una *musume* que ríe mucho, habla poco y se la entiende menos.

Además, se anuncia y nuestra próxima salida para China, pero nuestro barco no está listo. Él, que se había paseado garboso en toda la bahía, tuvo primero que estar en el varadero y de allí pasó al arsenal, luego a los diques secos, hasta que por fin lo volvimos a ver airoso con sus palos cruzados, sus velas albeantes y aferradas, sus quillas bien puestas, los costados limpios y pintados de color claro que le agracian; y hasta creemos que ha cambiado, y llegamos a imaginarnos que con tantas composturas se siente reanimado y contento para seguir adelante su carrera.

Aún le faltan dos terceras partes del camino: lleva recorridas 19 000 millas, pero adelante, adelante. Hemos estado cuatro meses en el país del crisantemo.

Aún resuenan en nuestros oídos los gritos de la multitud desarrapada, los alaridos argentinos de las *musumes* que despiden desde las casitas haciéndonos señas con sábanas, pañuelos y kimonos. “Anata, México, saraba, anata, México”, fueron las últimas destempladas frases que nos llegaban a bordo cuando nuestro barco daba proa a la interminable Bahía de Nagasaki.

XX. Despedida

¡Adiós quizá para siempre, país tantas veces soñado! Nunca más volveré a pisar tu fértil suelo; ya no volveré a descansar sobre el umbroso alcanfor, saboreando en taza cincelada tu bebida favorita, el té; ya no veré tus alegres campos, tu sencilla y curiosa *musume*, tus ídolos, tus templos, tus curiosidades, contrastes y aberraciones, tus *rikishas* y sampanes, ni me impresionarán tus bailes y tus músicas. Pero te veré a través del espacio y, sentado en mi hogar, rodeado de mi familia en las tardes largas, evocaré con el álbum al frente mis recuerdos, y se reirán de ti algunas veces, pero otras también te admirarán. Tienes todo mezclado, pero bruscamente, sin medias tintas,

sin penumbras ni claro oscuro; eres salvaje puro o civilizado franco, y todo abajo el mismo tono, la misma apariencia, bajo una sola capa, tu país es la Babilonia de lo raro y de lo nunca visto; en tu carácter es donde está la poesía de tu vida, la clave de tu historia y tu porvenir.

Deseo que te engrandezcas, pueblo japonés, pero quédate en tu territorio, que es donde vives: no salgas de él porque perderías el encanto que posees.

Adiós, país lejano Oriente, vamos a dejarte ya: apenas vemos de tu tierra las isletas del sur. El mar de la China está como aceite, el cielo brumoso, el barómetro baja más y más. Quién sabe si nuestro barco tenga que probar sus quillas.

Por hoy adiós, adiós Japón, ya no te dejas ver. *¡Sayonara Nipón!*

Son las cuatro de la tarde del mes de noviembre en el Mar de la China: cielo y agua, por dondequiera, barómetro bajo, bruma espesa, ola boba y gigante, mar color aceite verdoso sucio. Se teme una tempestad; el absoluto nos rodea; se hacen preparativos. Esperamos.

